Año VI La Plata, 2ª quincena de Febrero de 1924 Núm. 115

IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

Posiciones

Somos fecundos en pensamientos. Seámoslo también en los hechos.

Definamos posiciones y asentemos nuestras teorías sobre la base inconmovible de los hechos. El hombre que se divide es un incompleto: tiende sus manos hacia el árbol de la libertad y enraiza sus pies en el terreno de la tiranía. Y en semejante posición, no se crea que es el futuro que obra sobre su presente; ¡no! Es el pasado que proyecta su sombra sobre él; mueve sus pasos al compás de ideas rancias, de subjetivismos añejos. Sus pies enraizados hechan nuevos retoños; no serán imperios, no serán monarquías, no serán repúblicas, pero pueden ser sindicalismos estos nuevos retoños. He aqui el peligro de las falsas posiciones. ¡Cuidémonos de no enraizar!...

Los hombres, malos o buenos, consagrados como triunfadores por la historia, se hicieron fuertes en una sola posición: en la de la libertad o en la de la tiranía. ¡Pero en una sola! Asi nosotros: si libertarios en teoría, ¡libertarios en la práctica! Al negar y combatir el principio de autoridad, hagámoslo en todos los momentos y lugares.

Desenraicémonos, pues, y conduzcámonos libertariamente en todos los actos de nuestra vida; seamos mojones vivientes que indiquen el camino de la libertad. Y hoy, a poco que miremos en torno nuestro, veremos que es más necesario que nunca ocupar en todas las manifestaciones de nuestra vida una sola posición: la libertaria.

Hagamóslo asi, que es la mejor forma de afianzar el ideal anarquista y abrirnos paso al porvenir.

Francisco Martinez.

Corral de Bustos.

Propaganda

Si real y sinceramente, deseamos el advenimiento de una sociedad libre y humana, donde todos por igual gocemos de los dones que nos brinde o le arranquemos a la madre naturaleza, debemos propagar nuestra sana lectura entre el pueblo, que es el que nos tiene que acompañar si quiere conquistar la más completa libertad. Para disfrutar de esa libertad, es necesario tirar por tierra a la actual sociedad, basada en el crimen y el robo más descarado que darse pueda. Y para realizar dicha obra, hay que hacer hombres conscientes y humanos, en una palabra, anarquistas.

Compañeros: Muchos medios hay donde difundir nuestra propaganda: el tranvía, el café, la fonda, el taller, la fábrica, etc; pero para esta obra es necesario mucha voluntad. Trabajemos, pues, con ardor y constancia por nuestro ideal sano, bello y humano, y un día no muy lejano veremos reinar la anarquía sobre la tierra.

Francisco Avila.

Bs. As. 10/30 1923.

Liga de Educación Racionalista

Se ha constituido en el Uruguay compuesta por un núcleo de compañeros afines, la Liga de referencia. Solicita para ayudarse económicamente, a las agrupaciones editoras de periódicos, libros, folletos, etc, el envio de los ejemplares que estimen conveniente.

Correspondencia y donaciones a Herminio Casal, calle Centro América Nº 227. Villa del Cerro, Montevideo, Uruguay.

Por "La Antorcha" diario

Por la revolución completa Por la anarquia total

A LOS COMPAÑEROS

Todos vosotros conocéis ya nuestros propósitos de editar un diario. Se trata de una obra sana, que tiene por objetivo único y primordial la propaganda de la anarquía y aspira a semillar en las conciencias el sentimiento heroico que todos precisamos para la resistencia, la constancia, el empuje y el valor.

Como se ve, no son entonces nuestros fines de subalternería e irresponsabilidad.

Queremos hacer del diario una tribuna amplísima de doctrina, de ciencia y de belleza, hasta donde nuestros alcances lo permitan, vale decir, que no prometemos sino lo que somos y lo que podemos. Contamos para mucho, sobre todo, con camaradas de Europa que nos ayudarán.

Estamos en un fuerte momento de discusión. El huracán de la última guerra enturbió todas las aguas. Después de la catástrofe, los espíritus amanecieron tiznados de dudas, ensombrecidos de decepciones. Algo nuevo, sin embargo, quedó flotando como promesa sobre el fárrago airado de las doctrinas, desesperadas por pescar en el río revuelto de las primeras horas, el predominio o la mayor influencia; y fué el vigor eterno de la juventud destinada a laborar todas las afirmaciones, rotundamente. Y es ella la que, tumbando momias, rompiendo resistencias respaldadas sobre la tradición, soplando pergaminos y apergaminados figurones llenos de hostilidad hacia sus bríos, es ella, repetimos, la que abrirá las vías al futuro que palpita tras este instante de incertidumbres, de trasteos, de cábulas y empaques.

Queremos también entonces, como se deduce, hacer del diario una abierta y sobre todo altísima tribuna de discusión.

Como se comprende de lo que queda dicho, es ésta una aspiración perfectamente honesta, clara y sincera, que no tiene por qué ser bajada al terreno donde conjugan todos los despechos el verbo reticente de la maledicencia y la ambigüedad.

Un diario nuevo, en un ambiente de cabildeos que muerden con fruición la clásica manzana de la discordia, preñado de desconfianzas sin basamento y de esceptismos sin arraigo, un diario nuevo, entre nosotros que hemos auscultado este ambiente, calculado todas las posibilidades, sondeado todos los anhelos, para lanzar gozosos la iniciativa ya en viaje, un diario así como el que perfilamos, tiene que ser, para que sea nuevo en realidad, una obra generosa, bella y ferviente de fraternidad.

No a encerrarnos en una concha como los galápagos y gritar: «¡no hay más allá!»; no a desprestigiar la obra de nadie llenándola de motes y hasta de motas con salpicones de cieno; no a negar la utilidad de los aportes màs pequeños ufanándonos de lo nuestro como únicos «salvadores del orden y de las instituciones», con la misma arrogancia de un enorme edificio, que no sería tal sin el concurso del humilde ladrillo; no a deshonrarnos, con la propia alegría del comerciante infame, al contemplar la quiebra de su competidor; no para eso queremos «La Antorcha» diario, sino para ampliar las siembras, propiciar sin excepciones todas las iniciativas anarquistas, ponerlo todo derecho para que las miradas oblícuas desaparezcan, abrir los puños hermanos cerrados fieramente por las sangres que bajan del corazón adusto y despejar, en fin, el torvo ceño que obscurece las frentes compañeras, con un beso de amor.

Pero para esta obra necesitamos de todos: de tu concurso, joven que besas a tu novia con el ardor primero; de tu contribución, viejo que todavía alientas esperanzas más blancas y más bellas que tus canas; de tu actividad de ágil ardilla, muchacha linda que haces tan pintorescas nuestras veladas, y de tu afecto, vieja, que has visto alejarse a tu hijo perseguido por los sicarios que llenan este mundo pésimamente malo y que será contigo nuevamente, si nos ayudas en nuestro trabajo de emancipación.

¡Por «La Antorcha» diario, entonces, por la revolución completa, pues, por la anarquía total, en fin, a la obra, compañeros, a ponerle el hombro para qne marche, las energías para que se fortifique, las alas del amor para que vuele!

Fraternalmente.

COMITÉ PRO DIARIO.

Se desea su reproducción en las publicaciones anarquistas que apoyan la iniciativa.

Polémica de ideas

Hay dos clases de polémica: la polémica de ideas y la polémica sin ideas. La polémica sin ideas es la polémica de los ambiciosos, de los insinceros, de los bribones, es una polémica inhumana y sin belleza.

....

La polémica, tal como la practica la impotencia, no tiene más que un fin propagar la mentira bajo todas sus formas. Desnaturaliza el pensamiento ajeno y lo juzga sobre èsta falsificación. Incapaz de levantarse a la altura del adversario, es la vida privada de éste la que ataca. Ve sólo sus defectos, le atribuye todos los vicios, se sirve de todas las armas, a fin de empequeñecerlo.

....

Es imposible discutir con un contradictor corto de entendimiento y de mala fe, que rehusa escucharos y sólo tiene injurias para el que no comparte sus opiniones. El insulto no es un argumento.

....

Con gentes de mala fe toda discusión, se hace imposible. No se puede emitir ninguna idea frente a los energúmenos que buscan ante todo impediros hablar.

....

La polémica que se sitúa en el terreno de las ideas, no se complace en mostrar las taras de los individuos...Se desinteresa de las pequeñas querellas personales que no sirven más que para divertir a la galería. Deja a los políticos el cuidado de practicar esta clase de esport.

Gerard de Lacaze-Duthiers.

N. de R'—Los párrafos que anteceden los hemos tomado de un largo artículo publicado por «Más Allá», que lo tomó y tradujo de «l' en dehors». Creemos necesario hoy más que nunca advertir esto, porque habiendo, hoy también más que nunca, muchos que acostumbran ponerse cualquier traje que les venga bien, no quisiéramos que pensaran que somos nosotros los que hemos cortado éste para que se lo pongan.

Como parábola

Se toma a un hombre de esos que a fuerza de años sobre sus espaldas, se hallan obligados a medio doblarse hacia la tierra y por lo consiguiente a mirar todas las cosas, oblícua o sesgadamente; se le coloca ante uno de esos muchachones briosos, de verba ardiente y de encrespado pelo, que hasta en sus mismas bellas ilusiones sobre el amor y sobre la mujer, denotan la potente juventud que les baila en la sangre. Y se le dice a ese hombre, doblado hacia la tierra bienhechora: Ved qué hermoso ejemplar de robusta salud y de promesa para lo porvenir.

Es seguro que el hombre habrá de responder: ¡Oh, sí, es la locura! Pero eso es transitorio. Toda su agilidad es pompa, es humo. Lentamente, como una lamparilla de aceite perfumado, consumirá su aroma y sus esencias, irá languideciendo y al fin se extinguirá. Yo bien lo sé.

Y el hombre, echando una mirada de soslayo como un tigre enjaulado, se alejará murmurando quién sabe qué profundas maldiciones contra la fuerte juventud sonora y destilando quién sabe qué toxinas de rencores guardados años y años en su obscuro y pequeño corazón.

Así las cosas son, frecuentemente, en éste «bajo, relativo suelo». Desde la cueva de nuestros muchos días de existencia, solemos mirar con negra envidia el fácil vuelo de las alas nuevas, la candidez de las flores recién abiertas, el verde claro de las yemas que apuntan en los troncos y en las ramas, el tropel alegre de los jóvenes que nos desplazarán sin más ni más. Y como no encontramos el elixir salvador que nos devuelva cuanto hemos ido perdiendo, nos hacemos los generosos, entregando a la juventud nuestra sabiduría de experimentados. Y nuestra sabiduría no es más que odio hacia ella, hacia la juventud.

Sabiduría generosa, bella, saludable, sería ayudar a la juventud con nuestras alegres corazonadas hijas del recuerdo de nuestras primeras horas. Sabiduría espléndida sería instar a esa juventud a la cumplimentación íntegra, hasta el último, de sus bríos, de sus ímpetus, de todos sus ensueños y sus impulsos.

Pero ésto es lo difícil: ser generoso, espléndido, teniendo el casco blanco o gris y el rostro con arrugas. De ésta gente hay muy poca, tan muy poca, que se hace evidente de inmediato.

Por eso amamos tanto a nuestros viejos que, como Malatesta, dicen frente a las ruinas de su obra y al final de su vida: comenzaremos de nuevo.

Y por eso experimentamos tanto desprecio por nosotros mismos, cada vez que a las obras livianas, reidoras, ágiles y atropelladoras de la juventud, les hemos puesto en un momento de enfermedad, una «postdata restriada», una calificación aviesa o una expresión zurda, tal una zancadilla, para voltearlas.

Ayudemos a la juventud con nuestros consejos, pero que estos sean hijos, no de la sabiduría del que ha vivido, sino del que ha gustado la vida, sacando siempre de sus estados depresivos, el rutilante sol de una esperanza nueva.

J. M. Hacha y Tiza.

Desde Norte América

Aquí como en todas partes siempre de frente y en gesta, como banderas al viento. Se propaga la anarquía, en medio de estos secuaces aferrados al dinero como la corteza al árbol. Son estos americanos, unos yanquis verdaderos; y sino, véanlo, compañeros: aquí tenemos el «imperio invisible», cargado de cachivaches, capuchas, hábitos largos como frailes franciscanos. Disciplinarse, eso, no; solo el «tar», caliente, y negros con plumas y arena dura. Saben pegar en el cuerpo de los obreros conscientes, para hacer resucitar el santo oficio contra aquellos que los kluxklans, dicen odiar.

Nadie lo puede dudar; estamos a dos pasos del imperio del garrote: la silla eléctrica, el palo levantado en las prisiones, el nudo corredizo, los calabozos con vapor, y los baños de agua helada en el rigor del invierno.

Y como no, compañeros, aquí está todo en marcha, y todo se halla apresado como un pez en una red, sin poderse echar a nado. Las religiones progresan, sean del culto que fueren; pero ¡cuidado con los anarquistas! Que no se entere nuestro santo presidente porque es capaz de comernos crudos como se comió una hostia de cuatro pulgadas de diámetro, el día 25 de este mes. Nada nos importa de ello; nosotros más indomables que la bravura del mar, propagaremos la anarquía a los cuatros vientos, como el único remedio para salvar a la humanidad ultrajada por los pillos y ambiciosos que viven chupando el sudor del productor. Zaratustra decía: «cual una tempestad, vuelan los soles por sus órbitas». Y nosotros afirmamos que cual torbellinos de vientos tenemos que girar en medio de

esta sociedad de corruptelas, y bandidajes desenfrenados. La anarquía se eleva siempre, siempre, por encima de las miserias humanas.

***

Desde el Himalaya alto, al valle más hondonero, no habrá encontrado nadie país de más democracia que esta América del Norte.

A cada rato o minuto, un precoz uniformado, alto como una jirafa, te pregunta a dónde vas, qué llevas en esa mano y cómo te llamas; luego, masculIando como un rumiante, te empuja hacia las rejas, sin que sepas por qué fué. Y cuidado, compañero, que serás incomunicado, porque lo dijo aquél monstruo de figura humana. La democracia americana es un mito pataleando; y patalea tan fuerte sobre el suelo que la aguanta, que se parece a aquel caballo de Atila que dicen que donde ponía su planta no volvía a crecer la hierba.

No le digáis a un americano que aquí existe miseria: os desmentirá. Y sin embargo, nosotros vemos niños escuálidos y la enorme prostitución y pillaje que sobrevienen del hambre. Es verdad que hay en los Estados Unidos, muchos multimillonarios, banqueros y comerciantes, pero no es menos verdad que hay también mucha desdicha y crueldad que se ceban en los productores con la misma furia de un perro rabioso.

El odio de razas es mantenido latente por los vampiros asalariados de la pluma, para tener siempre a los productores desunidos. El obrero americano de los Estados Unidos, es el obrero más reacio y más ignorante que existe; y sin miedo a equivocarme, puedo decir que conoce menos de la cuestión social que los obreros de cualquier otra parte del planeta.

El obrero americano no emigra y cree que fuera de su estatua de bronce, a la libertad, no hay más mundo. Y cuando se presenta algún problema que atañe a todos, hecha la culpa de él a los extrangeros. El gobierno del tío Sam, como todos los gobiernos, es un tirano de hecho, que coarta la libertad del pensamiento como en pocas partes se hace. Y díle tú, compañero, a un alcornoque de estos, que aquí no hay libertad; es capaz de mandar llamar al bruto Dempsey, para que te golpee, o de hacerte emplumar en plena calle.

ALMA RUBEN.

1924.

Cómo se explota y cómo se aguanta en Río Negro

Mucho se ha escrito y hablado sobre la forma cruel, inhumana, con que se explota a los trabajadores en éste país, principalmente en los lugares más apartados de la república, que son cantados por los adulones como moradas de paz y libertad. Y sino, veamos algo de estos, para nosotros antros de inquisición.

La mayor parte de los trabajadores están enterados que en este territorio se construye desde hace varios años una gran red de canales de desagües para dar riego a los valles superiores de los ríos Neuquén y Negro, los que ya se encuentran casi todos en producción. Exceptuando el Dique y cuatro mil metros del canal principal, el resto de canales han sido construídos por la empresa del F. C. S.

Esta empresa, por no ser menos que sus compatriotas, (por ejemplo La Forestal y Hacendados de Santa Cruz), aprovechando el exceso de brazos dispuestos a alquilarse y la gran escasez de trabajo, no titubeó en pagar sueldos de hambre, los que oscilaban de 2 a 3 pesos diarios, con un horario por demás excesivo: de sol a sol. ¡Y cuidado con levantar el grito, porque entonces una jauría de perros bípedos, dispuesta a dar tarascones, a todos aquellos que tuviesen la osadía de rebelarse, estaba siempre lista!

Pero ahora las cosas han cambiado. Ya no administra más la empresa del F. C. S; ahora todo está en manos del gobierno nacional, y por lo mismo ya no tienen los obreros razón para protestar. Tenemos todo lo indispensable para vivir opíparamente y libertad para hacer propaganda y exponer cada cual la ideología que tenga, (al estilo Carlés, se entiende). ¿Y quién, disfrutando de todas estas ventajas, se atreverá a protestar? Ninguno, a no ser que sea un desagradecido, que no sepa apreciar la benevolencia conque nos obsequian «nuestros» gobernantes. Estamos pues en el verdadero paraíso terrenal...

El Ministerio de Obras Públicas puede estar tranquilo en lo que respecta a la administración del Dique Cordero, pues ha puesto al frente de la misma una gavilla de sujetos tan excelentes, que ni el mismo Diógenes con su linterna hubiera sido capaz de reunir. Estos tipos tienen todas las cualidades que se necesitan para ser unos sinvergüenzas, desde el director Lepori hasta el último mandón de esta obra—sus aduladores—son del elemento más reaccionario que imaginarse pueda; todas sus formas y modales están llenos de un autoritarismo semejante al de la época de los Césares. El «yo ordeno y mando», está a la orden del día. Por casualidad no se ha erigido aun una guillotina para ejecutar a todo aquél que no acepte mansamente las torpezas y caprichos que a ellos se les antojen. Pero no se descuiden, señores patrioteros; cuando más aprieten el torniquete, más pronto estallará la ira; y entonces los mansos corderos de hoy, se convertirán en tigres indomables mañana. Hoy podéis cometer toda clase de abusos y atropellos, tranquilamente, gracias a la pachorrienta actitud de la clase obrera que explotáis.

A la ya larga cantidad de absurdos que llevan cometidos estos tiranos, hay que agregar uno más: el quince por ciento de descuento sobre los miserables salarios que se les pagan a los obreros. Este descuento, según ha hecho propalar el histrión que actúa de director, es debido a que el presupuesto votado por el congreso nacional, no alcanzaba para cubrir los gastos que demanda esta obra. Hay que tener en cuenta que los sueldos que hoy rigen aquí, oscilan entre 2 y 4 pesos diarios; y no conformes con estos abusos, diariamente, por una mínima «falta» que algún trabajador cometa, se imponen multas de uno o varios días de pérdida del trabajo. ¿Creéis que por esto los obreros se rebelarán? No hay tal cosa. Como si nada sucediera, mansamente, ellos aceptan todas las bajezas y atropellos que cometen sus amos. Han perdido en tal forma la dignidad, que ya no les asombra nada de cuanto les hagan sus explotadores. Se han convertido en un verdadero rebaño de ovejas. Lo único que sí han adquirido, son todos los vicios, morales y materiales, desde el alcohol al naipe que los embrutecen; y otros juegos que les sirven para sacarse entre sí los centavos. Además, la alcahuetería y la delación son armas que saben esgrimirlas de lo lindo.

Es suficiente que algún compañero les demuestre sus torpezas, para que ya sea víctima de esas armas tan bajas como repugnantes y sea expulsado inmediatamente de la obra, sin razones de ninguna especie.

Da vergüenza que en pleno siglo XX hayan trabajadores de tan bajo nivel moral y que soporten tan cobardemente tanta injusticia como se comete con ellos. Pero esto es fruto de esta sociedad corrompida hasta la médula; por eso no nos toma de sorpresa ni nos extraña tener que presenciar semejantes cuadros. Y ello nos dá más fuerza y ánimos para continuar luchando por el pronto advenimiento del Comunismo Anárquico.

EL GOLONDRINA ERRANTE.

Contralmirante Cordero, Enero de 1924

Canción de despedida

A la memoria de Amanda Bosio.

MURIÓ la virgencita rubia, la hermanita buena que hacía el camino con nosotros... ¿Qué haremos, hermanos? ¿Desgranaremos la triste letanía del dolor de despedirla, sobre la marchitez de sus candores, o la ungiremos para siempre, derramando sobre ella los temblores de una dulce canción?...

¡Oh, sí! ¡Entonemos la alegre canción, la bella canción de despedida que ahuyente en torno a ella las sombras de la muerte!

***

Caminábamos juntos. Veníamos de las tierras del dolor y marchábamos hacia los campos de la vida; y éramos como guirnaldas de corazones prendidos por el amor...

Caminábamos juntos... Pero, he aquí, que, de pronto, sin haber llegado, cuando sólo sabíamos del dulzor, de la esperanza, la hermana más joven, la florecita más débil, quedó atrás, marchitos los encantos de su carne, rotos los pétalos de sus gracias de flor, sobre los brazos de la muerte.

Dediquémosla, hermanos, nuestra alegre, nuestra bella canción..., que ella, pronto se nos dará hecha esencia en las corolas de castas azucenas, de cándidos lirios. Dediquémosla, hermanos, nuestra alegre, nuestra bella canción...

***

Es triste que haya caído primero que nosotros, que no nos haya seguido hasta el final; mas es triste por nosotros, no por ella, que pronto será esencia, que pronto será luz...

Cantemos, hermanos, cantemos; que hoy, mañana, muy pronto, caeremos sobre el barro del camino, para darnos en esencia, subir hechos luz...; y entonces, entonces sí que nos sentiremos en comunión con ella, con nosotros mismos, con las flores, con las cosas, al fundirnos con todo en la entraña del Gran Todo...

Cantemos, hermanos, cantemos la bella canción, la alegre canción de esperanza que nos haga llorar...

C. DELGADO FITO.

"El mundo se ha encontrado así y así hay que dejarlo"

Esta exclamación es la que surge de los labios de todos los ignorantes, cuando intentamos imprimirles nuevos conocimientos en sus cerebros dormidos.

Pero los hombres que alcanzamos a poder analizar las cosas y los hechos, no podemos tolerar ésta afirmación, que por una parte hacen los interesados y por otra, los retardatarios, los ñatos de cerebro, los que a pesar de aprovecharse todo lo que pueden del progreso humano, se niegan a reconocer que el mundo es hoy diferente de ayer, y mañana será muy diferente de hoy, a pesar de todas las vallas que unos y otros quieran ponerle delante.

Se precisa ser ciego o pillo para atreverse a negar lo que la humanidad ha adelantado en todos los órdenes de la vida.

Cuando pensamos en los esfuerzos que habrán tenido que hacer los hombres primitivos para defenderse de la naturaleza y de los animales salvajes, y los comparamos con los del hombre de hoy, que vive en las ciudades llamadas civilizadas, no podemos menos de quedar pensativos, y admirar la lucha titánica que aquellos hombres han debido soportar, lucha a la cual nosotros no estamos sujetos, ni se nos presentará jamás, pues día a día el progreso se afirma y se desenvuelve quieran o no los enemigos y los retardatarios.

Por ejemplo: ¿cuántos esfuerzos y experimentaciones habrán hecho los primitivos para disponerse a comer una fruta determinada? ¿Cuánto habrán bregado, para producir el fuego? Y así como respecto a éstas cosas, hay infinidad ante las cuales habrán pasado muchos años sin atreverse a tocarlas por miedo o perder la vida.

Hoy en cambio, nos servimos de todo lo que podemos, aunque no conozcamos nada de aquello de que nos servimos, y en cambio se quiere seguir o se sigue afirmando, «que el mundo siempre ha sido así, y así hay que dejarlo.»

Cuando vemos una iglesia con uno o dos pararrayos destinados a detener «la furia divina,» no podemos aceptar que siempre haya permanecido allí esa cosa pequeña que vista desde el suelo parece una patita de gallina. Eso que parece sin valor, tiene la virtud de despertar el pensamiento del hombre, para hacerle analizar las cosas, y no seguir creyendo en los errores que se predican dentro de la «casa de dios,» que no es tal, por cuanto la han construído los albañiles.

Cuando se ve a un predicador de la mentira, ir por las calles en un automóvil a toda velocidad, no podemos por menos que afirmar que éste «hombre» predica la mentira, sirviéndose de la verdad en lo que a progreso mecánico se refiere. Y así todos, quien más quien menos, nos aprovechamos lo más posible de todo el progreso; y hay infinidad de seres que a pesar de hacer todo lo que pueden para no marchar de a pie como los primitivos, piensan y afirman que el mundo siempre ha sido así y que así hay que dejarlo.

Hoy, a pesar de todos los sofismas que andan por ahí, se ve al mundo marchar adelante. No importa que seamos pocos los hombres que pensamos en un mundo mejor, no; teniendo en cuenta que la mayoría está aferrada a los prejuicios pasados y presentes, nosotros seguiremos señalando el camino del bien y de la verdad, y seguiremos desabrojando el terreno de la humanidad, para que algún día llegue la cosecha buena y abundante para todos.

Es curioso ver a un ser que niega la evolución, ir en un auto a misa; si tiene que hacer algo urgente, hay medios más rápidos: el aeroplano, por ejemplo; y muchos negadores del progreso, por teléfono o telégrafo con hilo o sin él, realizan sus cosas o negocios sin moverse de la casa y en muchas ocasiones desde la misma cama.

Observad las cosas y las personas. En las paredes del hogar, no faltan los tradicionales «santos,» pero al alcance de la mano veréis una luz eléctrica, y un ventilador idem, (ésto, se entiende, en las clases pudientes); veréis también un fonógrafo, un teléfono, y tantas otras cosas producidas por la inteligencia humana, que dicen a gritos que el mundo nunca ha sido así, ni quedará estancado en lo que es hoy.

¡Y, a pesar de todos éstos progresos que nadie puede negar, se empeñan unos y otros en que siempre ha sido así, y así hay que dejarlo! ¡Pobres diablos!

No nos extraña que la clase dominante, los dueños de todo, los que se aprovechan de todo invento, los que compran mecánica, ciencia, y poesía, se esfuercen en tapar la luz y ponerse delante del progreso para que se detenga y no marche; pero que un maquinista de ferrocarril, por ejemplo, que maneja la máquina, símbolo del progreso, que marcha y hace marchar a los otros, que toma café en Buenos Aires, come en Rosario y va a tomar mate en Santa Fe, siga pensando y afirmando que ésto siempre quedará inmóvil, (es decir, que él marcha con el cuerpo adelante, pero el pensamiento queda más atrás que el furgón del mismo tren que maneja) ésto es inconcebible, es absurdo, aunque en efecto vemos que así es.

Alerta, trabajadores humildes, demasiado humildes, que os habéis desviado tanto de la ruta progresista; volved la cabeza, abrid bien los ojos; reflexionad sobre los inventos modernos; mirad dónde os encontráis por vuestra pereza mental; fijaos bien en las cosas y no afirméis lo que ya pasó a la historia como algo inservible. Entregaos de lleno al estudio de la vida, dejad a un lado a todos los interesados en que éste pícaro mundo sea de unos cuantos, y poneos en marcha en el tren de la evolución, que es el que os conducirá a la tierra de la felicidad.

JAVIER GARCÍA.

Rosario.

De David a Goliath

Recordarán los compañeros lectores de éste «periódico para leer en familia»—según la autorizada opinión de «La Protesta»,—que en nuestro núm. 113 pedíamos a ese diario, ante su ex abrupto contra «La Antorcha» futura, en el cual quedábamos incluídos también nosotros, ya que en la redacción del cotidiano anunciado figuraba un camarada del grupo editor de «Ideas»; recordarán, repetimos, que pedíamos entonces a aquél diario, o una prueba de nuestro espíritu de guerra hacia él o un reconocimiento de nuestra personería de anarquistas, menoscaba al decirse en «La Protesta», de fecha 13 de Enero, que Pacheco era la «bandera en la cruzada que anuncian los gestadores del nuevo diario», lo que suponía que los demás no éramos otra cosa que sus seguidores, sus pichichos o sus escuderos, como expresamos entonces.

Creíamos, cuando hicimos ese pedido, que lo afirmado por «La Protesta» provenía de una simple ligereza, propia de un momento de indignación; y creíamos que ante nues-

tra advertencia, reconociendo el error en que incurriera tendría el valor de hacer la rectificación pedida, diciéndonos cuando menos, que no siendo por nuestro compañero cuanto quedaba dicho, no lo era entonces por nuestra agrupación. Esto era todo lo que deseábamos: ser excluídos por los motivos apuntados y nada más. Y así debe entenderse la cosa y así esperábamos que se la entendiera.

Pero nó; «La Protesta» no nos respondió, no nos llevó sencillamente el apunte. Recién ahora, en el núm. 4628 advierte que «no hubo alusiones» para nosotros. Y ahora también, en ese mismo número, acaba de enterarnos que sí, que nos respondió, «como cuadraba, es decir, en broma». (Puede ser; quizá alguna indirecta que tal vez no entendimos por eso mismo: por que no se nos nombraba).

¿De modo, pues, que para «La Protesta» éramos tan pobre cosa que sólo titeándonos, basureándonos como a cualquier policía merecíamos ser respondidos? Entonces ¿es que hay entre nosotros, en el terreno de la propaganda, personajes acreedores a una contestación correcta, y personillas dignas únicamente de respuestas burlonas, menospreciantes? Sí, «La Protesta» lo ha dicho: «No íbamos a dar por el pito más de lo que el pito valía». El pito éramos nosotros.

¿Y es gente de esta especie, que así como a basura trata a los compañeros, la que dice que ese «diario es el reflejo de actividades, de esfuerzos y confianza de la colectividad?»

De actividades, sí; de esfuerzos, también; pero de confianza, no lo creemos, pues la colectividad no puede haberla depositado en hombres que no saben respetar a los compañeros porque éstos no gastan fama de sabios, ni tienen renombre de ninguna clase. Más bien, entonces, hay que pensar que la colectividad ha sido usurpada en su confianza. Y si no es así, si acaso estamos equivocados, pues publíquense otra vez una serie de «voces fraternales». Es la única manera de que nos convenzan esos cultores del desboque, de que en ellos se halla depositada la confianza que dicen.

Y pasemos a otra cosa de nuestros confianzudos redactores.

Nosotros no hemos dicho que los que están en «La Protesta» sean personas «de lo más repulsivo que hay en el mundo», ni tampoco que sean «farsantes, pucheristas, dictadores aviesos, viles», etc. Esa es una afirmación gratuita de «La Protesta», que si puede servirle para escribirse un artículo, con título a dos columnas, contra nosotros, no le sirve para probarle a nadie, nada de cuanto afirma. Téngase la seguridad de que si tal cosa hubiéramos dicho, habríamos puesto los nombres, sin necesidad de «insinuar» nada «veladamente». Sólo el espíritu suspicaz de los redactores del diario, ha podido ver lo que no existe, en unos pensamientos generalizadores que publicamos en nuestro número próximo pasado. ¡Si hasta una persona de esta ciudad ha venido a golpearnos la puerta para preguntarnos si esos pensamientos iban por él!

—¿Es usted un sucio como el del cuento?—le inquirimos.

—No,—nos respondió.

—Pues entonces, su pregunta sobra. ¡Salud!

¿Es que va a ser preciso desde hoy en adelante, averiguar primero la moralidad de cada uno, para poder escribir sin peligro de herir la susceptibilidad de nadie?

¡Sería ridículo!

Nosotros no conocemos ni siquiera personalmente a los que están en el diario, como redactores, gracias a la «confianza» de la colectividad; ni nos dejamos tampoco llevar de cuentos, cuando respecto a tan confianzudas personas se nos han hecho. Mal podíamos, pues, decir lo que ignoramos.

Al único que conocemos desde hace muchos años, es al administrador, pero como este compañero no redacta nada, según suponemos, y tiene por otra parte un empuje tremendo, capaz de acostar a cualquiera de un sopapo, nosotros nos guardaremos muy bien de escribir sobre su persona... mientras no dé motivo a crítica ninguna.

En cambio, los redactores de «La Protesta» saben mucho de nosotros, quizá porque nosotros no tenemos secretos para ninguno; y por eso hablan de empleados de oficina pública (que lo hemos sido algunos, pero que es incierto que hayamos gestionado empleos después que nos echaron o que nos fuimos); y hablan también de habernos nutrido con el pan de otros y hecho posada de los locales obreros, cosa que no es verdad y que si en último extremo probara algo, sólo probaría que «La Protesta» se deja llevar de cuentos o de alcahueterías, torciendo y retorciendo el sentido en que deben ser tomadas las atenciones y obsequiosidades que tienen los compañeros de todas partes, por unos días, con los que llegan a buscarse trabajo o en tren de propaganda o de vagancia romántica como «peregrinos del ideal». Y aquí podríamos muy bien estampar ésta frase del diario mencionado: «Todos los enemigos del anarquismo se han expedido del mismo modo», si creyéramos que el anarquismo somos nosotros, como parece creerlo «La Protesta», a juzgar por esa frase de sorpresa que explota defensivamente en su provecho.

Y ahora cabría preguntar: ¿Por qué «La Protesta» se ha puesto el sayo? Pero preguntar ésto sería pecar de la misma suspicacia de que pecan los redactores del diario de la colectividad, que ha depositado en ellos la confianza.

Hay otra cosa seria, así lo creemos, (a no ser que al final de cuentas también resulte broma) que no queremos dejar pasar en silencio, no porque nos afecte, sino porque presenta a los que escriben en ese diario, como esos «tipos que tiene el anarquismo, necios, vanos, pedantes» y demás expresiones que tomamos del propio núm. 4628 a que venimos refiriéndonos.

Veamos. Dice el diario que nosotros no cumplimos ninguna misión; que nunca ofrecimos en nuestro periódico «nada que pasara de lo vulgar», que somos pura «cháchara» y que jamás hemos opinado «sobre nada».

Si nosotros acostumbráramos a publicar las «voces fraternales» o de simpatía que nos llegan, aplaudiendo nuestra obra u obrita, se comprendería que sí, que cumplimos una misión: la de ganarle de mano a los adversarios, al dar curso a esas voces; y la de provocar el envío de más y más voces como esas.

Si nosotros no escribimos otra cosa que vulgaridades, es porque no somos ni tan sabios ni tan literatos como las inteligencias que redactan «La Protesta», y porque no aspiramos sino a llegar a la comprensión de los ignorantes, a los cuales ni la ciencia ni la literatura trascendentales les alcanzan. Es, pues, nuestra obra u obrita, de simple, de llano proselitismo o de primeras letras. Y no ambicionamos más.

Si nosotros somos pura cháchara, lo lamentamos, aunque no nos parezca tanto como nos lo dicen. De todos modos, agradecemos la constatación pública que acaban de hacer los sesudos redactores del diario, al que leeremos más atentamente desde ahora en adelante, para nuestra mayor edificación y cultura de nuestro flaco espíritu.

Pero en cuanto a no haber opinado sobre nada, ¡alto ahí, compañeros! Los papeles cantan, y ellos dicen: En tiempos de la discusión sobre la dictadura proletaria, solamente «La Obra», «Tribuna Proletaria», ya desaparecidos, a «Ideas», hicieron la campaña contra esa desviación que fué tan aguda en nuestro campo. Entretanto en «La Protesta» cuando no se la propició, se la contempló con espíritu ambiguo. Unicamente cuando las cosas se comenzaron a poner de punta, en todas partes, contra la tal dictadura, «La Protesta» abandonó su oportunismo y le empezó también a meter de firme. Y tan atropelladora se puso entonces, que hasta se llevó por delante a los mismo dictatoriales amigos «de la casa», que la escribían.

Es por otra parte una exageración de «La Protesta», decir que no hemos opinado sobre nada. Afirmar eso es nada más que tirar un golpe de efecto, que no podríamos desvirtuar sino mostrando la colección de este periódico, hecho para satisfacer «una necesidad esperitual» de nosotros mismos, según la autorizada y sentenciosa expresión de «La Protesta». Pero para mostrar nuestra colección y ver la del diario de la misma época, habría que juntarse; y el asunto en sí no vale la pena. Es mejor dejarlo abandonado a la lealtad de los que recuerden aquellos agitadísimos momentos.

Lo demás, eso de «fósil», de «lagarto», de «legañoso», etc, etc, si es por alguno de nosotros, gracias. Tales expresiones (se diría dictadas por el director de «El Peludo») son propias del vocabulario de «La Protesta» de ahora, que las emplea contra policías, camaleones, comunistas, etc, y también, como se ve, contra los compañeros, pero que es posible que de cerquita, mano a mano, no le salieran tan fácilmente. Que pasen, pues, ya que son por escrito, ya que a la distancia los desafueros de lenguaje no preñan a nadie, ya que la insolencia desde lejos, no es prueba de coraje, ya que «La Protesta» ni con los compañeros puede dejar de usar sus brutales palabras y ya que nosotros no acostumbramos a prestar atención a los insultos sobre el papel.

En definitiva, mientras no se haga más que descalificarnos a la distancia con calificativos tan bellos y tan limpios como los apuntados, o tomándonos para el churrete, como proceden los borrachines desde los boliches, con las personas que pasan, nuestra salud moral y física continuará intacta. Y «La Protesta» no conseguirá matar este periódico, si tal es su propósito, ni evitar que desde esta «publicación chirle», como ella dice, le tiremos «de vez en cuando alguna piedra», como ella denomina a la verdad; piedras que si dejó pasar sin hacerles caso, ¡nada menos que ella que es tan propasada! no habrá sido, seguro, por su desprecio de elefante hacia nosotros, pulguitas ínfimas, sino por nuestro acierto o nuestra puntería.

Tenga, pues, su lengua, compañera; respete a la gente para otra vez. Y gracias por la rectificación con que, aunque tardía y entre bromas e insultos, nos ha obsequiado cuando ya menos la esperábamos: «No hubo alusiones para los de «Ideas», porque nada nos habían hecho que obligara a ello».

Ni nada tampoco les hacemos ahora.

CONSIDERACIONES

(Conclusión).

Y no digamos nada de la España conventual, esa fábrica de frailes y de monjas. Almitas cristianas, hombres pontificios... Total: civilización pura. Si el señor Grandmontagne, y con él muchos otros, no fuera tan menguado, si no flanqueara los conceptos como lo hace en sus crónicas de «La Prensa», si, en suma, no anduviera con tantas medrosidades y esquiveces, entonces otro gallo le cantara. Pero don Francisco, hombre civilizado, adulón mayúsculo, gusta de andar bien con todos, menos, claro está, con los anarquistas, mientras que éstos no sean príncipes y duques, banqueros o industriales. Ya están llegando noticias de que Primo de Rivera lo tiene a su derecha. Eso va bien; no podía ser de otro modo. Diríase que en España huele a «guiso», por que los perros hacen cabriolas, menean el rabo... En este punto los adláteres de Yuke se quedan tamañitos...

Es necesario aludir a lo que estas gentes llaman civilización. Ellas siempre procuran dilatar sus puntos de vista, de manera que los incautos se fascinen con imágenes deslumbrantes. Pero, sepámoslo, amigos, en cada bella imagen se oculta un concepto falso. La vida del pobre, y con ella sus atributos, está siempre y de cualquier modo fiscalizada.

Verdad es que de cien años a esta parte la riqueza aumentó de un modo considerable. El siglo XIX, característico por sus grandes acontecimientos, sacudió la modorra milenaria, avivó los espíritus ahitos. Dominada ya la electricidad por el *quáquero* Franklin, sucediéronse los inventos más sorprendentes, maravillas soñadas en otros tiempos.

Con Sir Humphrey, Liebig y muchos otros, la agricultura avanzó a pasos de gigante. La biología y la química orgánica fueron aplicadas a ésta y a otras ramas de la producción. El espíritu laborioso de la antigua India apareció resurrexo en nuestros campos, cubiertos de flor y fruto. La vieja diosa oriental, creación maravillosa, hija de una imaginación fantástica, pareció surgir de nuevo en los flancos de la materia, en el surco fecundo de sus dominios. Y la *humanidad activa*, el músculo de hierro, trabajó con ahinco, sembró el campo y recogió el fruto...

Darwin y Haeckel nos hablaron de la *selección natural*, y a pesar de creérseles unos pobres forjadores de geneologías orgánicas (1), la ganadería fué perfeccionada por ese medio, y con ella sus derivados. Invéntase con Morse el telégrafo eléctrico; los continentes se ponen al habla, y los pueblos parecen iniciarse en un principio de comunión internacional.

Los ferrocarriles cruzan la tierra en todas direcciones; con Fulton se inventa la navegación a vapor, y enormes transatlánticos surcan veloces el ámbito dilatado del Océano. Se iluminan las ciudades y de la noche se hace día; yérguense palacios confortables, trázanse avenidas espaciosas y jardines floridos. El espectáculo hace pensar en países ádicos, y los urbanistas tienen sueños babilónicos. De este modo la humanidad creyó encontrar la felicidad en la tierra. ¡Es una bella ilusión!

Procurémosla, pues, con nuestro esfuerzo. En la incertidumbre del mañana no nos sonríe una esperanza venturosa.

Y bien; nadie podrá negar que hemos sido complacientes con aquellos que presumen de civilizados. ¡Qué cosa! Así andando, la humanidad creyó navegar a vela plena en la nave del porvenir...

Pero no debemos hacernos muchas ilusiones; la historia del progreso tiene un capítulo más.

¡Lo que son las cosas!... ¿Abriremos, pues, la historia tanto por imitar a Grandmontagne? No, no es preciso; la naturaleza de ciertas cosas hace imborrable su recuerdo. La *humanidad activa* siguió creyendo en un porvenir fraudulento, mientras que los *espíritus ahitos* tornábanse *cerdos satisfechos*... Hubo necesidad de defender los intereses acumulados, y el nombre de *potencia* (2) sonó, siniestro, en los más apartados rincones de la tierra. La humanidad se miró con recelo, erró la senda y tuvo designios bárbaros. Ya no es la lucha del hombre prehistórico contra el oso enemigo. ¡Aquello era insignificante! Civilizado el hombre, surgen los malhechores inteligentes, cúmplense al pie de la letra las palabras de Marcos y Mateo.—(XI-34 y XIII-7-8 respectivamente). Se inventa con Dupré el «líquido infernal» (3); con los acorazados de Ericsson se perfecciona la marina de guerra, hecho éste que tuvo la «virtud» de revolucionar la táctica naval y la «fuerza marítima relativa a los Estados del mundo». Se perfeccionan las armas y la táctica de los ejércitos terrestres; combinaciones de ingenio y fortificaciones invulnerables parecen asegurar el sueño sibarítico de los *cerdos satisfechos*. La química alemana envenena los campos de batalla y el satánico Shiva mira jubiloso el despojo de sus iras. Bombardéanse las ciudades, destrúyense los palacios confortables, los jardines floridos, las visiones ádicas, los sueños babilónicos. «Y hermano entregará a hermano a la muerte, y padre a hijo, e hijos se levantarán contra sus padres y los harán morir».—(Marcos, XIII-12).

Es un capítulo de la historia, una síntesis imperfecta, sin duda, pero no por eso menos verdadera. El lector suplirá con su esfuerzo lo que nosotros no hemos podido conseguir. Por lo demás, las síntesis perfectas ya las tenemos. «¡Sí! ¡No!»; eso es una síntesis; nadie, que sepamos, ha podido resumir nada en esa forma; cuando se dice eso se ha dicho todo: es una Verdad arrancada en la obscuridad de los siglos. Lo decimos sin el menor intento de adulación. Tampoco creemos que nadie se embriague con esto, porque nadie ignora que el envanecimiento es un triunfo efímero.

Pero, se nos dirá, ¿sólo eso es civilización y progreso? No, verdaderamente. Debemos ser imparciales, la verdad no debe ocultársele a nadie. No precisamos tergiversar los hechos, desde que contamos con infinitas razones que abonan nuestra tésis. Los elementos positivos, considerados desde el punto de vista utilitario, es el error en que incurren muchos críticos humildes... La educación artística y literaria, a saber: la pintura, la escultura, el teatro, la música, etc., es lo único que con justicia se puede llamar civilización.

Pero, amigos, esas cosas hay que tratarlas con respeto. Es ahí precisamente a donde, con frecuencia, debemos recurrir para demostrar hasta qué punto la civilización es equívoca. ¡Quién lo diría!...

Ahora leemos a Gorki, a Carriego, a Maturana, etc., y antes hemos leído *La canción de la camisa*, de Hook, donde las costurereritas inglesas lloran su desventura; el *Lazarillo de Tormes*, del P. Juan de Ojeda, donde la miseria impera en todas sus formas. No queremos caer en desesperados pesimismos, pero el don de la vida, en tales condiciones, no es tan de agradecer. Así lo entendieron Quevedo y Calderón, al decir uno:

Parióme adrede mi madre;
ojalá no me pariera;

y al exclamar el otro:

Pues el delito mayor
del hombre, es haber nacido.

(1) Castelar mismo, en una correspondencia publicada en «La Nación» el 31 de mayo de 1882, con fecha 30 de abril del mismo año, impugna, con espíritu turiferario, las teorías de Darwin y Haeckel.

(2) Que sepamos, no hay un solo libro de crítica histórica que para designar el progreso de una nación se substraiga a la palabra *potencia* y todo lo que ella significa.

(3) Horroriza consultar lo que a este respecto escribe Bravetta. Hagan memoria aquellos que han leído sus artículos de «La Prensa». En cuanto a nosotros, sólo se nos olvidó la fecha, cosa que sentimos, en verdad.

Por eso decimos que no hay motivos para hacerse ilusiones. Aquello que se describe con bellas imágines no es por eso más meritorio. La expresión del Dante es una realidad, porque, en el infierno *las luces sólo sirven para hacer más visibles las tinieblas*...

Para los panegiristas de la civilización, es cosa vana la filosofía; entre ellos es tarea más que inútil buscar al filósofo que discurre sin pasiones, friamente, esto es, sin escamotear la verdad de las cosas. Hay que ver en el panegirista al declamador por excelencia, al palabrero inocente que se exalta en arengas de finísima corrección. A veces son unos tontos que alegran la vida. ¡Y vaya una cosa por la otra, qué caray!...

Supuesto que vivimos en una nación democrática, justo es finalizar con una ligera alusión a lo que aqui se tiene por legítimo baluarte de civilización y progreso. De acuerdo con la letra y el espíritu de la Constitución, fué a mediados del siglo pasado que aqui quedó abatida la esclavitud. Pero, ¿quiere decir eso, acaso, que no hay más esclavos en esta parte extrema del continente de Colón? De ninguna manera. La observancia de la moral más perfecta—supuesto que en un régimen democrático-burgués una moral perfecta sea siquiera concebible—no puede ser nunca la consecuencia de un hecho imprevisto e ignorado por la masa de la población. Y estamos interesados en que se sepa que nosotros no pensamos como algunos legistas y jurisconsultos, excepcionales oculistas de la democracia, que creen que el cumplimiento de un régimen prohibitivo de ciertas cosas, será un hecho cuando el pueblo tenga pleno conocimiento de la legislación respectiva.

A veces llegan a declarar que al infractor, en el caso de que ignore que el delito cometido es pasible de sanción penal, debe considerársele poco menos que justificado. Pero esto es inocente, a fuer de bondadoso. Por lo que a nosotros respecta, estaríamos siempre dispuestos a ignorar toda clase de restricciones. Y hasta podemos asegurar que sería un peligro para jueces y abogados, porque esta clase de delincuentes jamás podría alegar ignorancia. Claro está que los puntos de vista de estos legistas son más complicados, casi más embrollados, por mejor decir. Ya queda dicho que son unos verdaderos oculistas. Por lo demás, el espacio de que disponemos nos impide extendernos en mayores consideraciones.

Desde luego, que cuando un pueblo observa cumplidamente el espíritu de la ley (el razonamiento nos impone esta suposición), huelga toda legislación, tanto prohibitiva como facultativa. En el caso contrario, esto es, cuando el incumplimiento dimana de la ignorancia respecto de las normas legales, podría, asimismo, demostrarse hasta qué punto es ineficaz toda legislación, porque ya queda dicho que el acatamiento de una formalidad ética, nunca podrá ser hija de una disposición impositiva. Esto, claro está, en cuanto pudiera creerse que la ignorancia respecto de la ley, sea motivo de su incumplimiento. Por lo demás, nuestras razones en este orden de cosas, son bastante conocidas. Es preciso que el hombre sea educado al margen de la ley si queremos que la legislación penal no tenga justificación práctica. Esto lo vieron bien claro algunos escritores europeos, al acusar a los americanos de inmoralidad comercial. Decíanle, en efecto, que al amparo de las leyes, y con más frecuencia hurtándose a la vista de estas, ejercían los negocios más sucios e ilícitos. (4) Esto es muy natural, pero no en los americanos solamente, claro está. Que conste.

Estas razones expuestas, bastan a demostrar cómo el espíritu y la letra de la Constitución argentina son aqui susceptibles de incumplimiento, con especialidad en lo que respecta a nuestro particular punto de vista, esto es, la esclavitud. Demás está decir que nosotros no nos consideramos esclavos, porque entendemos que hasta ahi no debería llegar la cobardía de nadie. Esto, sin embargo, no quiere decir que en la Argentina no haya esclavos. Basta recorrer la crónica diaria para persuadirse de ello. No precisamos, pues, enumerar las reiteradas denuncias que los lectores conocen, procedentes del interior de la república.

Aun pueden estar en la memoria de todos, las que recientemente formuló Spinetto. Expondremos solamente y por abreviar, un detalle que tal vez sea ignorado por muchos lectores. Conocemos una proposición, liberal si Vds. lo desean, que le fué formulada al gobierno argentino a fines del siglo pasado, (después de abolirse la esclavitud) Ella consistía en importar de Norte América una clase de indios llamados *digger;* hacerlos propagar aquí, para que, «*juntos con los pavos y las gallinas*», pudieran «*servir de remedio contra la plaga*»... Sepámoslo: en aquel tiempo la langosta saltona azotaba la provincia de Santa Fe, y aquellos indios de Norte América, *civilizados* (¿lo entienden Vds?) por aquel gobierno democrático, habíanse visto en la necesidad de comer langosta, acosados por el hambre. ¿Habráse visto espectáculo más grotesco? Basta decir que el autor de la proposición era un salvaje *civilizado*, esto es, un indio que no comía langosta.

Creemos que hay motivos para dudar de esta democratización. Más aun: entendem[illegible]ocracia es una de las tanta[illegible]entan con el fín único [illegible]lie crea en ellas... Todo esto dic[illegible]nceridad. Nosotros entendem[illegible] que es una obligación ser since[illegible]rque hasta fué sincero el Cés[illegible]o, cuando, en estado agonizante, se cubría el rostro con las manos para no ver su propia obra... ¡Llegó el tiempo de *tener juicio*, señores, y debemos ser hombres una vez siquiera antes de morir!...

MANUEL SILVA.

Cárcel de San Nicolás.

(4) Es justo reconocer que los estadounidenses son comerciantes a carta cabal, esto es, lo bastante fraudulentos. Repetidas veces han declarado, con jactancia, que son muy expertos en el arte de falsificar cualquier cosa. Decían que el más perspicuo observador no podría saber si la manteca, el queso u otra especie comestible elaborada por ellos, estaba o no adulterada. En efecto, sólo se conocían en sus efectos tóxicos...

Cosas puntanas

Villa Mercedes.

Todo desierto tiene su oásis. El puntano tiene el suyo: Villa Mercedes, situada a mitad de camino entre el Atlántico y el Pacífico. Rodeada de hermosas quintas, con árboles frutales y vegetación exhuberante, producto de la tenaz e incansable labor de los hortelanos, victoriosos en la lucha con natura, tan poca propicia a las siembras en estas regiones.

Los peones con jornales de hambre, trabajan del amanecer hasta que el sol se oculta en el poniente, bajo los rigores del intenso frío, en invierno, y de los abrasadores rayos del sol, en verano. Aspiraciones mejorativistas no tienen en absoluto, tal es la ignorancia de estos desposeídos de la riqueza social. Verdaderas bestias del trabajo, ni sueñan que hay hermanos de dolor que luchan por aspiraciones ennoblecedoras e igualitarias que dignificarán al hombre y lo harán más solidario y fraternal.

Aun existen los viejos ranchos de adobe y techo de paja, ya semidesmantelados, habitados por «chinos», últimos vestigios de los habitantes de otrora. Con relativa frecuencia, entre ellos efectúan fiestitas tradicionales: velorios del angelito, bailes regionales, que a veces se convierten en verdaderas orgías.

Gente buena y de muy nobles sentimientos. ¡Lástima grande su ignorancia!

La gancheia.

—Buenas noches, señora.

—Entrá muchacho... no tengas miedo, el viejo salió.

—¿Y los perros?

—El grande está atado... este otro es mansito. ¿Qué viento te ha traido por estos lados?

—Me acordé de usted y aquí vengo a visitarla... Traigo velas para alumbrarnos y un poco de vino para que tomemos y pasemos el rato...

—¡Para que te has molestado, muchacho!...

¡M' hija!... Vení atendé la visita...

Con permiso, voy a prender el fuego para que tomemos unos verdosos y mientras tanto voy «aguaitar» por si viene el viejo... ¡Ah!... me olvidaba y disculpá muchacho... ¿No tenés unas «chirolitas» para mandar a buscar yerba y azúcar?

Estas escenas de la vida, entre los «chinos», son muy comunes en estos pagos. Como se habrá podido apreciar, estas viejas, por un poco de vino y varias monedas, venden a sus hijas y estas, sumisas por la fuerza de la costumbre y por la ignorancia que les hace creer en ese «su destino», aceptan los galanteos de cualquiera; claro está, que como es de suponerse, no dejan de tener su preferido. Pero el oficio de estas viejas, llamadas «gancheras», no se reduce sólo a lo dicho, sino que se encargan también de buscar «chinitas» en otros ranchos para ofrecerlas como buenas mercancías a los «chinos» que las requieren.

Estas venden sus hijas por un rato y unas monedas; las «matronas» de nuestra sociedad, para siempre y por un tesoro. En el fondo, lo mismo, unas en mayor y otras en menor escala. En definitiva, producto de la presente organización social, con cuya destrucción desaparecerán todos los males y lacras que engendra la misma.

¡Bienvenida sea esa destrucción!

La langosta.

El diminuto acridio cumple su función destructora. Con rapidez come todo lo que está a su alcance y lo expele.

No deja hojas sin engullir, semejando aquellos famosos hunos que invadieron la Europa, arrasándolo todo a su paso.

Los agricultores se apresuran a combatir la «saltona» rodeando sus quintas con barreras, abriendo zanjas y pozos, verdaderas trincheras que impiden la invasión de los sembrados, por la «manga» famélica. La guerra empeñada es terrible. De sus resultados depende la muerte de los cultivadores y la carestía de verduras y frutas.

Mientras tanto los «langosteros» o empleados destacados por el ministerio de agricultura, recorren a caballo los lugares donde la langosta abunda. Van gozosos. En sus rostros se refleja la satisfacción y la alegría. De vez en cuando y a escondidas se observa un ligero frotar de manos acompañado de una sonrisa de satisfacción. ¡Están de parabienes! ¿Por què? Es que sin langosta el empleo no se justificaría. Su misión es la de exterminar la langosta, pero sus deseos son de que abunde. Así es: mal de unos, bien de otros. Cuando la lógica y la razón, nos dicen: mal de unos, mal de todos y bien de unos, bien de todos. ¡Siempre egoísmo, nunca altruismo! Es la vida actual. Combatámosla. Hagamos que el amor y la fraternidad sean las bases de las relaciones humanas.

¡Marchemos a la anarquía!

Los sembradores.

Sembradores libertarios no llegan por aquí. Pasan de largo. Ya tienen conocimiento de la aridez del terreno y apenas dirigen una mirada escrutadora, la que les convence de la casi inutilidad de la siembra. Y hacen mal. El sembrador nunca ha de desesperar por la tierra árida e infértil, cuando trae buen arado y mejor simiente.

Alguna, siempre ha de germinar y dar sus bellos frutos, pese al vendaval ciclóneo de la ignorancia hecha ley y bajo el imperio de las «guampas» del caudillo, único soberano.

Es necesario y conveniente preocuparse de la propaganda en los pueblos de campaña. Es hora de dar una manito a los compañeros errantes con el «mono» a cuestas, los «linyeras», en su hermosa y anónima obra de siembra libertaria. La empresa será árdua y de mayores sacrificios, pero el triunfo será mejor y más alentador.

¡Qué mejor que contemplar los frutos conquistados después de grandes sacrificios!

¡Muchachos: al campo, a sembrar la libertad, la anarquía, a los cuatro vientos! ¡Por la humanidad doliente, en marcha!

MAURO FEDERICO.

"Lo que nosotros queremos"

Ya está próximo a aparecer este folletito. Modestamente presentado, como sabemos, como somos y porque nuestro cuero no da para más, creemos sin embargo que los compañeros se desvivirán por adquirirlo, tan lindo, tan bueno es para la propaganda. Consta de dos excelentes artículos: «Lo que nosotros queremos» de Pedro Gori y «¡Yo acuso!» de Sebastián Faure.

Lo vendemos a un peso el ciento, libre de porte. Hemos impreso 15.000 ejemplares y ya tenemos 8 000 listos para expedirlos. No quedan pues muchos, como se ve.

Rogamos que todo pedido venga acompañado del importe, porque como vivimos al día y no somos empresa editorial, carecemos de libros para los *fiados* y no dispondríamos tampoco de tiempo para llevarlos.

Con ésta humildísima obra, que no puede compararse con la enorme que llevan a cabo algunos que podríamos llamar capitalistas del anarquismo («de cada uno según sus fuerzas»... y sus medios) aspiramos a juntar unos pesos más para «Ideas» y a dar a conocer este periódico que a pesar de sus 2.600 ejemplares y sus cinco años de existencia, no acaba de salir del reducido círculo de nuestra familia, según acaban de comunicárnoslo *grosso modo* o a la bruta, unas bien intencionadas personas que no gustan vernos vegetar en la obscuridad.

A cuantos nos enviaron dinero para esta obrita, les recomendamos que nos comuniquen sus direcciones y las cantidades enviadas a objeto de poder remitirles en folletitos el importe con que nos ayudaron.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Buenos Aires.—Martinez 1.00, Agr. «Arte y Cultura» 5.00, M. Menendez 0.60.

Berisso.—Anita García 1.00, G. Pereyra 1.00, N. Azcuénaga 2.00, S. Fotinos 2.00, Saravia 1.00.

Baradero.—R. Hanzich 3.00.

Banfield.—M Navales 1.00.

Cinco Saltos.—F. Cañadas 2.50.

Colonia Castex.—Rufino 2.50 por «La Antorcha»

Darragueira.—M. Alonso 2.00, y 2.00 más por «La Protesta».

La Plata.—Soc. Oobreros Mosaístas 10.00 por Diciembr y Enero, M. Tosi 0.80, V. Dibiasi 0.20, F. Sala 1 00, S. Feldman 1.00, F. Lofeudo 1.50, Estrella Alvarez 2.00, P. Pelassini 1.00, Buscavidas 0.40 venta de «Ideas», Avendaño 0.30, L. Gonino 1 00, F. Greco 1.00, J. Lopez 1.00, F. Fernandez 0.50, Bouché 0.50, F. Lopez 0.50, Saa Emeterio 0.50, Mario Dibiasi 0.20.

Lobería.—G. Berciano 1.40 y Un suscriptor (?) 0.60 ambos por «La Antorcha».

Mendoza.—Magallanes 2.50, B. A. Colman 12 00.

Necochea.—S. Benetton 0 60, D. Alvarez 1.00, F. Ramón 0.50, M. Dukelsky 0.90.

Puerto Mar del Plata.—Blanco 0.70 por «La Protesta».

Río Cuarto.—P. Cobos 10.80

Rafaela.—Ciccorelli 4.00, por «La Protesta».

Rosario de la Frontera.—Graciano 1.00, por «La Protesta».

San José.—A. Pelliza 0 50.

Santa Fe.—Juan Varin 1.20, M. Ciorcini 0 60, J. Furmán 0.60, E. Ifrán 0 60, J. del Río 0.60, J. Trezenza 0.60.

San Fernando.—S. Peña 4.00.

Santa Lucía.—N. Rey 0.50.

Santa Rosa.—Onterolo 2.00 por «La Protesta».

Tigre.—D. Ainstein 5.00.

Tandil.—Franchini 2.00 por «La Protesta»

Villars.—L. Parra. 0.60.

Villa María.—A. Perez Alvarez 3.

Vertiz.—Soc. Of. Varios 10.00 por «La Protesta».

Total de entradas 117.80.

Salidas.—Impresión de éste número (2 600 ejemplares) 103.00. Franqueo, correspondencia, encomiendas, certificadas, 17.00. Total 120.00.

Del número anterior 84.67, más 117.80 de entradas son 202.47, menos 120.00 de salidas, quedan para el número siguiente:

82.47

Para nuestra minerva

Berisso.—I. Estelman 0.50.

San Fernando.—Salvador Peña 1.00

La Plata.—Agr. «Ideas» 5.00. J. A. 1·00.

Suma ant. 163.70. Suma actual 171.20

Para "La Pampa Libre"

Necochea.—D. Alvarez 1.00.

San José.—A. Pelliza 0.50.

Santa Fe.—F. Aragón 0·60.

Mendoza.—B. A. Colman 3.00.

Para "La Antorcha"

Cinco Saltos.—F. Cañadas 2.50.

Santa Fe.—F. Aragón 2.40.

Para Agr. Pro Presos de España

Mendoza. — Sindicato Cocineros 10.00, T. Farina 5.00.

Pro diario "La Antorcha"

Santa Fe.—Agr. A. Empleados de Comercio 3.00.

PIC NIC

En Palo Blanco El Domingo 24 de Febrero desde las 6 hasta las 18 horas

Como en el anterior, habrá bazar-rifa, ruleta de libros, asado, frutas, refrescos, etc. Lo organizan el Sto. O. de los Frigoríficos y la Ag. «Ideas» y es a beneficio de ambos.

Tranvías: el 25 de La Plata a Berisso, y el 24 de aquí a la playa.